

Un origen de la discriminación sexual

Julián Monge Nájera

Recientemente el tema de la discriminación sexual (“sexismo”) ha reaparecido en las abarrotadas páginas de **Universidad**. Los sociólogos seguramente buscaran el origen de esa discriminación en causas culturales; pero estas a su vez fueron precedidas por un proceso biológico que toda persona culta debería conocer. Veamos como se inició todo, según explican Daly Wilson en su libro **Sex, evolution and behavior**. En el principio no había sexualidad. La reproducción era sencilla asexual. Pero la Selección Natural favoreció la sexualidad en asociación con aquel modo de vida en que se producen muchos descendientes y la mortalidad al inicio del desarrollo es alta. Aparentemente la ventaja en tales casos es que la mayor variabilidad genética resultante aumenta la probabilidad de adaptarse a los ambientes nuevos o cambiantes. Pero la sexualidad sólo requiere intercambio de material genético: las bacterias muestran sexualidad pero no sexos, no hay machos o hembras. Posiblemente nuestros ancestros lejanos “gozaban” de la misma igualdad, pero como ocurre con las estaturas humanas, había muchos tamaños. Así, si los gametos muy pequeños tenían ventaja por su mayor movilidad, y los grandes por sus reservas de nutrimentos. Los de tamaño intermedio, ni chicha ni limonada como se dice en América Latina, estaban en desventaja y fueron eliminados. Surgieron así los espermatozoides y los óvulos, y con ellos, la separación en machos y hembras. Ulteriormente el proceso de selección natural continuo refinando las diferencias, mejorando y adaptando con el tiempo y, en nuestra línea, llevo a las relativamente no muy marcadas diferencias entre mujeres y hombres (a quien considere que esas diferencias son muy grandes, le bastara comparar una pareja de humanos con la hembra y el macho del pavo real). Tal vez en un futuro ensayo veremos cómo explica la biología la diferenciación sexual en nuestra especie.